

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Continuación del meeting.

El orador que hemos dado á conocer en el anterior capítulo tomó algún descanso, enjugó el sudor que corría por su arrugada frente, pasando varias veces de izquierda á derecha su pañuelo plegado en forma de tapón, y concentró sus fuerzas reanimadas en un ademán lleno de desdén y de pesadumbre.

—Pero ¡oh amigos y hermanos míos! ¡Oh mis hermanos y mis compatriotas, trabajadores oprimidos de Cokeville! ¿Por qué hemos de manchar el título glorioso de obrero honrando con él al hombre que conoce por sí mismo los males y las injusticias que se os hacen sufrir á vosotros, honra y prez de este país que os desprecia? ¿Qué diremos del hombre que, habiéndoos oído declarar (con una conformidad noble y majestuosa capaz de estremecer á los tiranos) que estáis

prontos á hacerlos suscritores de la asociación del Tribunal Reunido, y obedecer indistintamente cualquiera orden emanada de esta asociación para vuestro bien; qué diremos, hermanos míos, de un obrero, ya que debemos reconocerle por tal, que en semejante momento abandona su puesto para ir á vender su bandera; que en semejante momento no siente vergüenza al hacer la cobarde y humillante confesión de que permanecerá neutral y rehusa unirse á los que se asocian con valor para defender la libertad y el buen derecho?

Las opiniones no estuvieron unánimes en este pasaje del discurso. Hubo varios murmullos y silbidos; pero el sentimiento del honor era demasiado fuerte y general para permitir que se condenase á un hombre sin oírle.

—¡Cuidado con engañarse, Slackbribge!

—Que pruebe su dicho.

—Oigamos al acusado.

Tales fueron las voces que salieron de diferentes sitios. Al fin, un eco más poderoso que los demás, exclamó:

—¿Está entre nosotros ese hombre? Si está entre nosotros, lo mejor será escucharle.

—Esta proposición fué acogida con una salva de aplausos.

El orador miró en torno suyo con amargosonrisa; extendió el brazo derecho, según la cos-

tumbre de todos los Slackbribge, para apaciguar el Océano irritado, y esperó á que reinase un profundo silencio.

—¡Oh, mis hermanos en humanidad! (dijo moviendo la cabeza con aire de profundo desprecio): no extraño que vosotros, hijos postergados del trabajo, pongáis en duda la existencia de semejante hombre; pero ha existido quien vendió su derecho de progenitura por un plato de lentejas; ha existido Judas Iscariote; ha existido un lord Castlereagh, y existe también ese hombre.

Aquí hubo un tanto de confusión y de tumulto, y muy luego el hombre aludido se puso de pié al lado del orador. Estaba pálido, y sus facciones parecían agitadas, sobre todo sus labios; pero permaneció inmóvil, con la mano izquierda en la barba, esperando que se dignasen oírle. Había para dirigir la sesión un presidente, que tomó entonces cartas en el asunto.

—Amigos míos (dijo este funcionario): en virtud de mi oficio, ruego á nuestro amigo Slackbribge, que acaso ha ido demasiado lejos en este negocio, tenga la bondad de sentarse mientras escuchamos á Esteban Blackpool. Ya conocéis á Esteban Blackpool. No ignoráis sus desgracias ni su buena reputación.

Terminadas estas palabras, el presidente estrechó con afecto la mano de Esteban, y se sentó. Slackbribge tomó otra silla, enjugándose la

frente, siempre de izquierda á derecha, nunca en sentido contrario.

—Amigos míos (empezó Esteban en medio de un profundo silencio): he oído lo que acaban de deciros de mí, y es probable que, al subir á la tribuna, perjudique más bien que favorezca mi causa. Me es igual: quiero que sepáis por mí mismo lo que ha pasado, aunque siempre que hablo delante de tanto auditorio, me siento tímido y confuso.

Slackbribge movió la cabeza como si en su pesadumbre hubiera querido desprenderla de sus hombros.

—Soy el único obrero de la fábrica Bounderby que no acepta los reglamentos propuestos. No puedo aceptarlos, amigos míos, porque dudo que puedan proporcionaros algún bien: antes creo que han de causaros mucho mal.

Slackbribge cruzó los brazos, y frunció el entrecejo con aire sarcástico.

—Pero no he subido para eso á la tribuna. Tengo otras razones, razones que me atañen exclusivamente para no asociarme con vosotros, no solamente hoy.... sino que me lo impedirán siempre.... todo el tiempo que me reste de vida.

Slackbribge se levantó de un salto, y fué á colocarse al lado del obrero, rechinando los dientes y gesticulando:

—¡Oh, amigos míos! ¿No es esto lo que yo os

decía? ¡Oh, mis compatriotas! ¿No es eso exactamente la advertencia que os di para poner os en guardia contra un hermano que os hace traición? ¿Y qué pensáis de tan infame conducta de parte de un hombre sobre el cual todos sabemos que ha pesado la desigualdad de los derechos? ¡Oh, mis compatriotas! Os pregunto qué pensáis de semejante traición de parte de uno de vuestros hermanos, que labra de ese modo su propia ruína, la vuestra, la de vuestros hijos y la de los hijos de vuestros hijos.

Hubo algunos aplausos y algunos gritos de *muera el traidor*; pero la mayoría de la asamblea permaneció tranquila. Miraron el rostro fatigado de Esteban, patético por las emociones domésticas que revelaba; y la innata bondad de su alma les inspiró más pena que indignación.

—Ese es el oficio del encargado de hablar (dijo Esteban); se le paga para eso, y sabe cumplir con su obligación. Que no se cuide de lo que yo haya podido sufrir. Eso no le concierne. Eso no concierne á nadie más que á mí.

Había tanto respeto á las conveniencias, por no decir tanta dignidad, en estas palabras, que los oyentes se mostraron más tranquilos y más atentos. La misma voz poderosa que momentos antes se dejó oír, exclamó:

—Slackbribge, dejadle hablar y callaos.

Entonces hubo en el salón un silencio sorprendente.

—Hermanos míos (dijo Esteban, cuya voz más elevada se dejó oír con claridad); compañeros míos, porque soy vuestro compañero en los trabajos y en las penas, y creo que el delegado que aquí veis no puede decir otro tanto; sólo tengo una palabra que añadir, y no podría decir más aunque estuviese hablando hasta mañana: —Sé muy bien que estáis decididos á no tener contacto alguno con el obrero que rehuse caminar con vosotros en este asunto. Sé muy bien lo que me espera. Sé muy bien que si estuviese en el caso de morir en la calle, miraríais como un deber el pasar á mi lado indiferentes, ni más ni menos que si se tratase de un extranjero ó de un desconocido: pero cumpliré lo que he jurado.

—Esteban Blackpool (dijo el presidente, que se levantó): medite V., medite V. mucho, antes de consentir en que le rechacen sus antiguos amigos.

Hubo un murmullo general que expresaba el mismo deseo, aunque nadie pronunció una palabra. Todos los ojos estaban fijos en Esteban. No tenía más que cambiar de opinión para conquistar todos los corazones. En el suyo no había ni asomo de resentimiento contra sus compañeros; les conocía demasiado para dejarse arrastrar por debilidades y errores del momento; los co-

nocía como únicamente podía conocerlos un camarada.

—He pensado en esto más de una vez. No puedo estar con vosotros, y nada más tengo que decir; necesito seguir el camino que tengo delante; necesito despedirme de vosotros.

Les hizo una especie de saludo, levantó ambos brazos, y permaneció un momento en esta actitud. Después continuó:

—He cambiado más de una palabra amistosa con algunos de los que aquí se encuentran; veo más de un semblante conocido desde que era más joven y estaba menos triste que ahora. En mi vida he tenido la más leve riña con ninguno de mis compañeros, y sabe Dios que no soy yo quien ha buscado el disgusto de esta noche. Me llamaréis traidor, y todo lo demás.... Hablo de vos (añadió, dirigiéndose á Slackbribge); pero eso es más fácil de decirlo que de probarlo.

Había dado dos ó tres pasos como para bajar de la tribuna, cuando se acordó de una cosa que había olvidado, y volvió á ocupar su puesto.

—Acaso (dijo, volviendo lentamente el rostro arrugado, como para dirigir la palabra á cada uno de los oyentes en particular); acaso cuando se vuelva á tocar y discutir esta cuestión, me rechacéis, si los fabricantes me obligan á trabajar entre vosotros. Espero que eso no sucederá; pero si sucede, me resignaré á trabajar aislado

en un rincón. Sólo cuento con mis brazos para ganar el pan de cada día; ¿y dónde podría encontrar trabajo sino en Cokeville, yo, que nunca he salido de esta ciudad? No me quejaré si vosotros me rechazáis y huís de mi compañía desde esta noche; mas espero que me dejaréis trabajar. Creo que este es mi derecho, y que vosotros no me lo negaréis.

Nadie pronunció una sola palabra; no se oyó el menor ruido en el salón, á no ser el levísimo que producían los que se separaban un poco en el centro de la asamblea para abrir paso al hombre que de entonces en adelante ninguno de ellos debía considerar como compañero. Sin mirar á nadie, yendo derecho á su camino, con aire de humilde firmeza, que nada pedía, que nada reclamaba, Esteban salió del salón, llevando consigo el peso de sus nuevos infortunios.

Entonces Slackbribge, que tuvo su brazo oratorio extendido mientras salía Esteban, como si con extrema solicitud y con grande influencia moral hubiera procurado contener las pasiones vehementes de la multitud, se aplicó á levantar los abatidos espíritus de la asamblea.

—El Bruto romano, ¡oh, amigos míos! ¿no condenó á muerte á su propio hijo, y las madres espartanas no obligaron á sus hijos, que huían, á desafiar la punta de las espadas de sus enemigos? ¿No es un deber para los hombres de Co-

keville, que tenían á sus espaldas ascendientes, y delante un mundo que los admiraba, y una posteridad que debía sucederles, arrojar á los traidores lejos de las tiendas que habían levantado á una causa sagrada y divina? (De los cuatro puntos cardinales el cielo respondió: ¡¡Sí!! En el Este, en el Oeste, en el Norte y en el Sur.) ¡Así, pues, tres *hurras* por la asociación del Tribunal Reunido!

Slackbribge, usurpando las funciones de director de orquesta, llevó el compás. Aquella multitud de semblantes ansiosos (que no carecían de remordimientos), recobraron alguna serenidad, y se repitió la aclamación. Todo sentimiento personal debe ceder á la causa común. ¡Hurra! El techo resonaba aún con los gritos de triunfo cuando se dispersó la reunión.

No fué necesario más para que Esteban Blackpool hiciese la vida más solitaria que se puede imaginar, una vida de aislamiento entre una muchedumbre con la que antes mantenía estrechas relaciones.

Quien en un país extranjero busca entre mil semblantes una mirada simpática sin encontrarla nunca, puede decir que se encuentra en una agradable sociedad, si se compara al desgraciado que ve pasar todos los días diez semblantes indiferentes que antes eran diez semblantes de amigos. Tal debía de ser, á cada instante de su

vida, la prueba por que pasaba Esteban Blackpool en su trabajo, al entrar y salir de la fábrica, en la puerta, en la ventana, en todas partes. Sus compañeros habían convenido en abandonarle la acera por donde tenía costumbre de pasar; Esteban era el único, entre los operarios, que andaba por donde quería, sin que le molestasen sus camaradas.

Desde mucho tiempo atrás, era Esteban un hombre tranquilo, que buscaba muy poco la sociedad de los demás hombres, y acostumbrado á hacer de sus pensamientos su única compañía. Hasta entonces había ignorado cuánto necesitaba su corazón de la frecuente simpatía de un signo de cabeza, de una mirada ó de una palabra. Nunca hubiera creído que le sería tan difícil separar en su conciencia el abandono completo ó la indiferencia de sus camaradas, y un sentimiento injusto de deshonor y de vergüenza.

Los cuatro primeros días de su prueba, le parecieron tan largos y tan penosos, que empezó á espantarle la perspectiva que se ofrecía á sus ojos. No solamente no volvió á buscar á Raquel, sino que evitó todas las ocasiones de encontrarla; pues, aunque sabía que el extrañamiento de que era objeto no se extendía á las mujeres, al menos oficialmente, observó que varias de las que trabajaban en las fábricas habían cambiado

de tono con él, y tembló al pensar que Raquel fuese también condenada al aislamiento, si la veían hablar con su antiguo amigo.

Volvió, pues, completamente sólo, durante aquellos cuatro días, y no había hablado con nadie, cuando, en el momento en que dejaba su trabajo, se le acercó un joven en la calle.

—¿Se llama V. Blackpool?—le preguntó.

Esteban se sonrojó al observar que se había quitado el sombrero involuntariamente, movido por la gratitud que le inspiraba el hombre que se había dignado hablarle. Fingió que se lo había quitado para arreglarse el cabello, y respondió:

—Sí.

—¿Es V. el obrero de quien han renegado sus hermanos?—continuó Bitzer, que era el joven que le había dirigido la palabra.

Esteban volvió á responder:

—Sí.

—Lo adiviné al ver el empeño con que todos se alejaban de V. sin querer hablarle. Mr. Boun-derby le espera á V. en su casa. ¿Sabe V. dónde vive?

Esteban volvió á responder:

—Sí.

—Entonces vaya V. en seguida; anúnciese, y el criado le hará pasar adelante. Yo soy empleado en la casa de banca; tengo mucho que hacer,

y me dispensará V. un gran favor en evitarme que le acompañe.

Esteban, que se dirigía á una parte opuesta, se volvió, y fué, cumpliendo con su obligación, al palacio de ladrillos rojos, en que habitaba el gran Bounderby.

CAPITULO II.

Obros y fabricantes.

—Veamos, Esteban; ¿qué es lo que acabo de saber? (dijo Bounderby con voz tempestuosa.) ¿Es V. á quien de tal manera han tratado esos miserables? Entre V., y hable con toda franqueza.

Donde se le invitaba á hablar era en el salón. La mesa estaba servida para el te, y la joven esposa de Mr. Bounderby, su hermano y un gentil caballero de Londres, estaban presentes. Esteban les saludó, cerró la puerta, permaneciendo de pié con el sombrero en la mano.

—Aquí tiene V. el hombre de quien hablaba hace un instante, Harthouse,—dijo Bounderby.

El personaje á quien se dirigía, y que estaba sentado en el sofá hablando con la señora Bounderby, se levantó, diciendo con aire de fastidio:

—¿De veras?

Y avanzó hasta la chimenea, cerca de la cual estaba Bounderby.

—Ahora (repitió éste), hable V. con franqueza. Después de los cuatro días que Esteban aca-